

LA ESTRELLA DIVINA

El sol esplendoroso,
Lanzaba rayos bellos,
Sus débiles destellos
Brillaban sin cesar.
Y nubes de colores
Formaban á lo lejos
Los últimos reflejos,
Hundiéndose en el mar.

Crepúsculo de un día
De mil encantos lleno,
Poético y sereno
De hermoso cielo azul.
Veíase tranquila
La linda esfera inmensa...
Ninguna nube densa
Oscuració su tul.

Atónitos los ojos
Aquello contemplaban,
Miradas elevaban
Al cielo con afán,
Allí solo veían
Destellos vespertinos...
Reflejos purpurinos
Que iluminando van.

La esfera revestía
Insólita belleza,
Azul de tal pureza
Jamás se imaginó,
Preludio de una noche
Aérea y misteriosa
Etérea y deliciosa
Cual nunca el orbe vió.

Y en medio del silencio
Al extinguirse el día,
Tan grata melodía,
Tan mágica ilusión,
Estaba contemplando
María el ancho cielo,
Envuelta en níveo velo
En mística oración.

La luz más pura baña
De un bello huerto el fondo,
Y su cabello blondo
Ondea desigual,
Divina es su hermosura,
Tranquila su mirada,
Su cara sonrosada
Proclama su bondad.

La niña de pureza,
La voz de la inocencia,
El alma de clemencia,
El ángel de la luz.
Espiritu divino,
Bondad hasta el delirio,
Hermoso y blanco lirio
Del mártir de la cruz.

Sus negros ojos brillan
Con rayos misteriosos,
Consuelos bondadosos
Para la tierra son,
Esencia perdurable,
Flor bella que suspende,
Un rostro que desprende
Miradas de perdón.

En la floresta umbria
Y puesta de rodillas,
Las luces amarillas
La envuelven en redor.
La Virgen Madre eleva,
Sus ojos al Altísimo
En medio de un purísimo
Poético rumor.

Hermosa y placentera
Pacífica enramada,
Del mundo ya alejada
Orando con afán,
Olvida de la tierra
Hipócritas alevés,
Las frescas auras leves
Besando el rostro van.

Tan linda recostada
En un vergel ameno,

Paisaje tan sereno
Su vista deslumbró,
Humilde servidora,
Belleza cual ninguna,
Al brillo de la luna
Tranquila se durmió.

Mas ya dormida yace...
Y en mil ensueños vaga
Y vívida la halaga
La mística visión.
Persisten en su mente
Diez mil apariciones,
Inmensas creaciones
En viva confusión.

Y ve en su fantasía
En el revuelto mundo,
Reflejo moribundo,
Caduco resplandor.
Mezclados con las sombras
Brillantes resplandores
Y vívidos fulgores...
Un ángel salvador.

Y más lejos los valles
De flores recubiertos
Y misteriosos huertos
De insólito valer.
Ligeras auras suaves
Soplando en las llanuras
Y frescas aguas puras
Las nubes desprender.

Y rayos luminosos
De púrpura encendida
Cual llama desprendida
De olímpico fanal.

El cielo iluminaban
Mil luces de colores,
Cual rojos resplandores
De aurora boreal.

Brillaban en la esfera
Purísimos destellos
Y entre los rayos bellos
Un pálido fulgor,
La luna adormecida
En el callado mundo
Pintaba un moribundo
Y mágico color.

Y envuelto entre las luces
De tantos regios soles,
En medio de arboles
Del cielo descendió,
Un grupo numeroso
De alegres serafines
Y alados querubines
Cual nunca ella soñó.

Y al resplandor brillante
Que aquellos reflejaron,
La imagen que soñaron
Murillo y Rafael,
Despiértase animosa,
Mas queda confundida,
Y mira sorprendida
Al angel San Gabriel.

«Salúdote en el nombre
Del Dios que mora el cielo,
Eres gracia y consuelo
De nuestro Creador.
Tu nombre está bendito,
Será tu dicha eterna,

Darás tú, madre tierna,
Al mundo el Redentor»

Y élévase al espacio
Cual blanca mariposa,
En nube vaporosa
Fantástica, veloz....
La Virgen Madre dice
Con aire sorprendido,
«Señor, tu sierra he sido
Y cúmplase tu voz».

Mas luego en otra noche
De suave brisa fresca,
Callada y pintoresca
En rústico portal,
María dió á la tierra
El Hombre prometido
Más puro, concebido
En seno virginal.

La luz de las estrellas
En el espacio oscuro,
El rostro bello y puro
Alumbran del Señor.
Con blanquecinos rayos
Montículos aduna
La soñadura luna
Girando en derredor.

En tan modesto lecho
Y en cuna de pobreza,
Sin pompa ni grandeza
Respira sin temor,
Besado por María
De José al tierno arrullo.
Al tímido murmullo
Del río sonador.

Su lecho es de pureza,
 Su rostro la inocencia,
 Si mira es la clemencia,
 Si ríe es el perdón,
 Si llora salva un alma,
 Su cariño es profundo...
 ¡Si muere, da al mundo
 La inmensa Redención!

Callado y silencioso
 Encuéntrase en el orbe,
 El pueblo, sin que estorbe
 Monótono gritar,
 La brisa pasajera
 Se desliza en el ambiente,
 Y aroman dulcemente
 Las flores de azahar.

El Dios de las edades,
 Divina providencia,
 La purísima esencia
 Del arte y de la fé,
 El Dios profetizado,
 La luz del pensamiento,
 Su bello nacimiento
 Del orbe asombro fué.

El arte envejecido
 De fecha ya remota,
 Como cadena rota
 Sufrió revolución,
 Equívocas creencias,
 Selváticas acciones,
 Idólatras pasiones,
 La vil superstición.

Los templos religiosos
 De infames mercaderes,

De impúdicas mujeres
 Impidió profanar,
 Sus bóvedas y cúpulas
 Las nubló el paganismo,
 ¡La luz del cristianismo
 Alumbra ya el altar!

¡La luz del cristianismo!
 La lámpara que deja
 La llama que refleja
 El nítido fulgor,
 Raudal en cuya fuente,
 Hermosa y cristalina,
 La inspiración divina
 Recoge el trovador.

El místico amuleto
 La lumbre pura y viva,
 Relámpago que aviva
 Y ensancha el corazón,
 Reflejo el más fecundo
 Que nos abre el camino
 Celeste y diamantino
 Y alumbra la razón.

Así tan apartado
 Del lujo de palacios,
 Por techo los espacios
 De eterna claridad,
 El Salvador del mundo
 Nació en el triste suelo...
 Arriba, el ancho cielo,
 Al pié, el cerúleo mar.

Aquel de faz hermosa
 Y rubia cabellera,
 El que á la luz primera
 Oraba con fervor;

Envuelto en el ramaje
Del solitario huerto,
Gustando casi muerto
El cáliz del dolor.

Quien todo fatigado
Herido y moribundo,
Por el ingrato mundo
Sufría tal pesar,
Sus órbitas ya huecas
Llorosas elevaba....
Al Dios que le miraba
Queriendo consolar.

El que en el fiero Gólgota
Entre las densas nieblas,
Y horrisonas tinieblas
Por redimir murió,
Quien de sus puras venas
La sangre derramando...
Perdón ya murmurando
Pacífico espiró.

Recuerde nuestra mente
Y nuestra fantasía
El memorable día
En que nació Jesús,
No olvide el sacrificio
Fatal nuestra memoria
De quien abrió la Gloria
En la sagrada cruz.

En el ebúrneo cielo
En la región inmensa...
Extática y suspensa
Descúbrese brillar,
De amarillenta estrella
La nítida aureola,

Y el cielo tornasola
Su puro reflejar.

Se ven las blancas túnicas
Anillos de oro y plata,
Las fajas de escarlata,
Las perlas de coral,
Alhajas orientales,
Las piedras rutilantes
Blanquísimos diamantes
Cual diáfano cristal.

A su fulgor inmenso
Y vívidos destellos,
Los típicos camellos
Aproximar se ven,
Y el cortejo de Oriente,
Sus mantos con estrellas,
Las tímidas querellas
De reyes del edén.

Y el oriental camino
Con cántico sonoro
Anímalo el canoro
Sublime ruisueñor,
Y con diversos cantos
Completa la poesía,
La plácida armonía,
El mirlo trinador.

Y á los fervientes reyes
Gozosos imitemos,
Plegarias elevemos
Del mundo al Creador,
¡Vayamos á sus plantas
Ligeros como el viento...
Del aura al manso aliento
Sonríe el Redentor!

MANUEL MUNOA.

